

Pedro Selva

El sol de agosto o el misterio de la educación sexual



Un traductor sin timideces podría, perfectamente, titular en castellano—siempre que fuera en castellano de este hemisferio—«El Sol de Agosto» la novela de Charles Braibant que en francés tiene por nombre «Le Soleil de Mars»... Sólo que al propio autor le causaría cierta sorpresa, obligándole a considerar la relatividad de las estaciones y cómo las palabras dan vueltas junto con el globo que, también, presenta un aspecto inamovible.

Sería una primera lección del relativismo a que están sujetos los seres y las cosas en este mundo redondo.

Trátase aquí de un caso de moral, de un problema de psicología.

Un caso muy discutido y discutible: ¿conviene que los niños sepan desde temprano algunas realidades fisiológicas? ¿No se les expone a mayores peligros ocultándoles la verdad sobre el origen de la vida? El sistema de la venda en los ojos que los padres se echan

y que suponen, benévolamente, impenetrable a la mirada infantil ¿no encubre riesgos que se evitarían con una política pedagógica más franca?

En definitiva, Braibant no se pronuncia.

Expone y cuenta.

A la edad de cinco años, una noche, Andrés Sénecquier se despertó inoportunamente y presenció, espantado, una escena que produjo en su pequeña alma infantil el efecto de ese sol prematuro, demasiado temprano, cuyo ardor quema las flores todavía en botón y se fija para siempre en sus delicados pétalos.

Ese es el sol de marzo, el sol de agosto.

Las consecuencias del espectáculo, las preguntas que hace para explicárselo, las risas y los misterios con que reciben sus palabras y la atmósfera fantástica, sobrecogedora que todo aquello va creando en su espíritu incipiente le producen lo que un discípulo de Freud ha llamado «el complejo de inferioridad», un sentimiento de ignorancia primero y de impotencia después ante lo que constituye el gran secreto de las personas mayores y el escondido resorte de la maquinaria humana.

Andrés se siente excluido de algo en que el resto de la humanidad participa y, buscando por cuenta suya y sin elementos de juicio, los motivos, se forja la convicción de que es él quien sufre de un defecto, porque no es parecido a los demás, porque nadie se atreve a decirle nada sobre aquello.

Todo el libro gira sobre esa cuestión y examina los resultados de la escena nocturna desde los cinco años de edad, que cuenta en las primeras páginas el personaje, hasta los quince que cumple cuando la guerra corta violentamente el nudo de la acción.

Es un verdadero drama.

Hijo único de padres ricos, él un avaro, egoísta, reconcentrado, ella una mujer heroicamente resignada a su destino y que, por milagro, ama a su esposo, Andrés tenía, en apariencia, exteriormente, todos los elementos para ser un muchacho dichoso; porque en su casa no le faltaba nada de lo necesario para desarrollarse ampliamente y la naturaleza lo había dotado con generosidad de un físico bello, normal y aún vigoroso.

Pero la espina está adentro.

Alrededor de ese quiste íntimo, de esa imagen fulgurante, van agrupándose las toxinas, los fantasmas perniciosos, la angustia de la soledad moral y una curiosidad frenética que no tarda en tomar un carácter morboso. Incapaz de interpretar las risas y las respuestas evasivas que acogen sus primeras preguntas, repliégase sobre sí mismo y se labra un mundo artificial que poco a poco va aprisionándolo y recluyéndolo a un desierto donde ninguna voz se escucha. Cada esfuerzo que hace para romper la malla sutilísima lo arroja de nuevo, con violencia, hacia aquella soledad poblada de misterios y la existencia se le presenta como una sucesión de torturas, un enigma, una vasta comedia cuya clave po-

seen los otros y que a él, nada más que a él, se le escapa obstinadamente.

Se sabe la importancia atribuída por Freud a la fijación de imágenes y a los choques del sistema nervioso en la mente infantil. Hace derivar de allí enfermedades psíquicas que repercuten hasta los últimos límites de la edad madura. Adler, discípulo disidente del maestro vienés, concreta y a la vez rectifica la teoría del pan-sexualismo, que tanto ha escandalizado en el creador del psico-análisis, reduciéndolo al encogimiento, por decirlo así, de la voluntad personal por la creencia en una inferioridad orgánica, derivada principalmente de la ignorancia que, con el nombre de inocencia o de pureza, se cultiva y se mantiene con empeño alrededor de los niños.

El primer efecto consiste en la costumbre del auto-examen. Rechazado del mundo externo, el niño se vuelve hacia sí mismo, se introvierte, se aísla en su reino interior y se observa ávidamente. Pero no lo hace, no podría hacerlo con desinterés lúcido, sino al través de un prejuicio invencible: la sensación de diferencia. El no es como los otros, no se parece a nadie.

«Quien se explica se complica, el que se analiza, se destruye»; si esta verdad rige para los adultos y ha constituído la tortura de personalidades como Enrique Federico Amiel, en la infancia el fenómeno asume proporciones todavía más graves. Entonces el amor ya no se ofrece como una perspectiva lejanamente tentadora y una felicidad que será posible con el tiempo, sino

que toma el aspecto de un gran peligro desconocido y se convierte en la amenaza que va aproximándose, inexorablemente, a través de la sombra.

La fuerza avasalladora del sentimiento contribuye a hacerlo más temible. El amor es la zona sensible por excelencia, es la fibra infinitamente delicada y vibrante entre todas las fibras del ser. La naturaleza ha concentrado allí toda su potencia vital y lo ha preservado de los cambios que pudieran debilitarlo. El resto de la sensibilidad se halla expuesto al aire exterior y se endurece, se adapta, puede plegarse y desaparecer por períodos, según las circunstancias: la pasión fundamental que asegura la continuidad de la especie se mantiene intacta en su triple envoltura de misterio y rompe de pronto, venida de profundidades ancestrales, incivilizada, salvaje aun bajo todas las capas del decoro, de la religión, de la respetabilidad social y de las dignidades externas.

Andrés se siente ofuscado y desesperado con esos lazos invisible que lo amarran y el impulso interior que lo incita a romperlos ¿Qué es él, quién es? Ah! qué no daría a veces por salir de sí mismo, un segundo siquiera, y poderse mirar desde fuera, verse en su verdad, contemplarse con ojos ajenos. Pero es inútil. Ha de estar deduciendo, cavilando, atando cabos. Nadie le ayuda. «El niño— pág. 142— expuesto a un « peligro extremo, sólo se siente seguro en brazos de su « madre. Andrés reprochaba a la suya el no servirle « de refugio. En sus peores momentos soñaba con la

«desaparición de ese puerto al que no podía abordar, como si se hubiera perdido entre las brumas. La tierna compasión de la buena mujer por el niño adorado, que veía triste y solitario, contribuía a exasperarlo. Nunca hay que dar a entender a un niño que no se le considera como los demás, que está menos armado que los otros para las batallas de la vida; pero la madre de Andrés lo ignoraba, porque nadie se lo había dicho a ella y había tomado el hábito de llamarlo, en tono mimoso «mi pobre Andrés». Una noche en que el muchacho la oyó designarlo con esa expresión ante una amiga, le dirigió una mirada rencorosa y, en la noche, con expresión que a la señora le causó estremecimiento, le advirtió:

—Mamá, te ruego que no me digas más así, porque seré capaz de irme no sé dónde.

Esa incompreensión entre la madre y el hijo se complicó con la separación entre el hijo y el padre por otra cuestión análoga.

El señor Sénequier, dominado por la avaricia, juntaba sus monedas de oro en un arca que era como el «sancta sanctorum» de la familia. El niño se moría de curiosidad por averiguar lo que contenía. Una vez el señor Sénequier la dejó abierta, por una salida precipitada, y Andrés se lanzó a revolver las monedas. Regresó el caballero, presa de inquietud y, al ver a su hijo violándole su secreto, sin decirle palabra le dió una azotaina inolvidable.

Otro misterio se agregaba al gran secreto. Una nue-

va zona prohibida, inexplicable, lo aislaba del mundo en que se movían las personas mayores y, relacionando esto con aquello, confirmóse Andrés en la certeza de que la vida estaba compuesta de regiones peligrosas, de hechos y de sitios a los que no podía asomarse, a los que no lograría penetrar nunca.

Y de esta manera, sin quererlo, sus padres le cerraban los dos grandes caminos de la existencia, los intereses fundamentales que mueven al individuo: el amor y el dinero.

El resultado fué el disgusto por la acción, el miedo de avanzar a través de los años y un ansia desesperada, no de encaminarse hacia el porvenir, como es lo natural, sino de volcarse al pasado, de buscar refugio en la inconsciencia pretérita.

Todas las páginas en que Braibant analiza la actitud de su héroe delante de los problemas de la existencia constituyen capítulos intensos, de una emoción contenida, en un estilo voluntariamente seco y hasta agresivo. Por momentos desaparece la forma novelesca y es un tratado de psicología experimental, un caso clínico semejante a los que exhiben los libros de medicina. Se siente adentro que se trata de una historia vivida o de una composición en que se han agrupado hechos reales basados en alguna historia concreta, acaso con reminiscencias personales. Hay cierta amargura lindante con el reproche por la suma de tiempo y de esfuerzos perdidos que la educación errada impone al adolescente.

Más adelante, en el último tercio del volumen, este propósito se acentúa y se complica, no sin debilitarse la emoción, mediante un paralelo entre el complejo de inferioridad que aqueja al personaje y el que ha sufrido toda la generación de franceses después de la derrota del año 70. La creencia en la superioridad alemana abrumaba los espíritus y socavaba los resortes de la voluntad. El comentario de la derrota, la vergüenza del desastre, el elogio de la organización germánica pesaban sobre el patriotismo francés a manera de una lápida, impidiendo el brote de la reacción liberadora.

Andrés y Francia se confunden.

Y uno y otro rompen de súbito sus cadenas cuando la guerra estalla.

Este desenlace de la intriga trae al recuerdo el libro famoso de Alain Fournier, aparecido, justamente, en 1913. Son dos estudios de psicología infantil con la misma ansiedad y el deseo de aventuras y de acción como base. Sólo que en el autor de «Le Grand Meaulnes» se trataba apenas de un presentimiento y Braibant trabaja sobre hechos históricos. Más poeta, Fournier pinta un cuadro idílico y se inclina hacia la fantasmagoría casi irreal, aunque no traspone ese límite. Braibant, más hombre de ciencia, pone resuelta y aún crudamente el dedo sobre la llaga y culpa a la educación, penetra en los resortes secretos, con ayuda de esos grandes exploradores del sub-consciente que son Adler y Freud. Aquél inicia el tema de la psicología infantil entre sonrisas y con una gracia delicada; este otro

mete adentro el bisturí con una especie de ira realista y va derecho al problema social, a la cuestión pedagógica.

No es, ciertamente, «Le soleil de Mars» y de sobra se habrá comprendido, un libro para ponerse en todas las manos; pero encierra una serie de lecciones que lo hacen de altísima utilidad para los padres y los que tienen cura de almas infantiles.

Nada más bello que el sueño de la inocencia, que el candor de la edad infantil y su mirada trasparente; pero, por darse y saborear ese espectáculo, no hay que exponer una vida al mayor de los fracasos. La guerra, el torrente de la acción violenta, irresistible, constituye una solución demasiado trágica y, por felicidad, no siempre accesible para semejante problema, creado por la ceguedad y la ternura.

Laico y alejado de toda idea religiosa, Braibant, en su esfera profana, nos trae al recuerdo las amonestaciones de un predicador famoso que, abordando desde el púlpito el mismo asunto, de eterna actualidad, fulminaba anatemas contra esa ignorancia ingenua de los padres y de las madres, convencidos de que sus hijos son como los cuerpos gloriosos. Nos parece escucharlo todavía: «La niña... ah! muy inocente la niña, muy pura, muy angelical... Pues, ojo con la niña, cien ojos, ochocientos ojos con la niña!». Así decía aquel hombre de iglesia, varón de experiencia sapientísima de singular claridad de palabra. Braibant podría repetir: ¡Cuidado con «Le Soleil de Mars!».

guno de sus rayos puede haberse filtrado a través de la espesa cortina, que se juzga impenetrable, y bajo la apariencia indiferente del mocito, aprendiz de cómico, perfecto actor, estará corroyéndolo mortalmente la inquietud, la zozobra, la curiosidad insatisfecha y todos los fantasmas de la imaginación, peores que unas cuantas palabras precisas y limpias capaces de conjurarlos y único contraveneno de las toxinas espirituales.

Es la enseñanza de la novela, densa por otra parte, de saberse interesantísima, aunque de corteza agria.